Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 2011,
vol. LXIII, nº 1, enero-junio, págs. 293-298, ISSN: 0210-4466

LIBROS

ENSAYO-RESEÑA

UNA TAREA IRRENUNCIABLE DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA: LA REFLEXIÓN SOBRE EL QUÉ Y EL CÓMO DE LAS TEORÍAS MÉDICAS

Luis Montiel

Historia de la medicina, Facultad de Medicina, Universidad Complutense de Madrid

ROTHSCHUH, K.E., *Konzepte der Medizin im Vergangenheit und Gegenwart*, Stuttgart, Hippokrates Verlag, 1978, 541 pp. [ISBN 3-773-0442-5].

UNSCHULD, P.U., *Was ist Medizin? Westliche und Östliche Wege der Heilkunst*, München, Verlag C.H. Beck, 2003, 296 pp. [ISBN 3 406 50224 5].

UNSCHULD, P.U., *What is Medicine? Western and Eastern Approaches to Healing,* Translated by Karen Reimers, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, 2009, 236 pp. [ISBN 978-0-520-25766-5].

No son frecuentes —y esto es algo que considero lamentable— las reflexiones teóricas sobre la medicina. No me refiero, claro está, a las que de tanto en tanto hacen algunos médicos, sin duda con la mejor intención, pero sin pretensión alguna de calado hermenéutico, en el marco de reuniones o congresos o en publicaciones que, significativamente, no son demasiado valoradas desde la perspectiva que se considera científica. Puede que de estas últimas haya incluso una cierta plétora. El caso es que, entre los pocos que han asumido profesionalmente la tarea de reflexionar sobre la medicina, su historia y sus fundamentos, ese género literario parece haber dejado de estar de moda hace mucho tiempo, o haber sido al menos patrimonio exclusivo de algunos viejos maestros, lo que a menudo se traduce en un juicio descalificador, por obra de su supuesta vetustez, de semejante empeño.

Y sin embargo nada es más necesario, pienso yo, que plantearse de tanto en tanto la pregunta sobre qué estamos haciendo quienes, de un modo u otro, nos dedicamos al cultivo de la medicina, y qué han hecho y en nombre de qué lo hicieron quienes nos precedieron. Muchas y muy buenas

respuestas se han dado a estas preguntas en la perspectiva de lo social —de lo historicosocial— pero bastantes menos en la de lo teórico, filosófico si se quiere o, por lo que pretendo explicar a continuación, de lo antropológico, palabra cara a uno de esos viejos maestros, mío por más señas: Pedro Laín Entralgo; uno de los pocos —¿el único tal vez?— que entre nosotros intentaron aportar algo en tal dirección.

Adelanto que nunca me he propuesto hacer una pesquisa sistemática a este respecto; me falta disciplina, como saben quienes me conocen bien. Pero he tratado de estar atento a cuanto en este campo podía surgir en nuestro entorno cultural y, honradamente, poco he podido encontrar que me resultara satisfactorio. Hace ya casi treinta años que cayó en mis manos una obra así. Recuerdo haber hablado con alguno de mis mayores, y también con algunos de mis coetáneos, sobre lo importante que sería traducirla, pues estaba escrita en alemán. Recientemente me he encontrado con la segunda, procedente también del mismo ámbito cultural y lingüístico. ¿Habrá que considerar un factor negativo que ambas procedan de un ambiente tan poco «moderno» y tan tradicionalmente «filosófico»?

En todo caso ambas me han parecido —y la primera me lo sigue pareciendo— extraordinariamente importantes, desde luego para quienes hemos hecho de la Historia de la Medicina nuestra profesión —*noblesse oblige*, estoy convencido de ello—, pero también para los médicos que aspiren a ser algo más que puros técnicos, si bien no estoy nada seguro de que nuestras instituciones educativas, y más tarde el mundo cotidiano, busquen algo diferente de esto. Por ello me parece que vale la pena que transmita las impresiones de mis lecturas, la de hace más de dos décadas y la de hace un mes, con el deseo de que cuanto me ha parecido importante no quede del todo en la oscuridad. Como, además, ambas obras están redactadas en alemán —la segunda cuenta al menos con una reciente y muy correcta traducción al inglés— me cabrá al menos la humilde satisfacción de haberlas dado a conocer a quienes de otro modo no habrían tenido acceso a ellas. Aunque declaro con toda convicción que mi intención no es nada humilde, pues creo realmente que es importante conocer ambas aportaciones, reflexionar sobre ellas y, llegado el caso, incorporarse a esa tarea en la medida de las fuerzas de cada cual.

La primera de estas obras es *Konzepte der Medizin im Vergangenheit und Gegenwart*, de Karl Eduard Rothschuh; la segunda, *Was ist Medizin? Westliche und Östliche Wege der Heilkunst,* de Paul Ulrich Unschuld, de la que existe traducción al inglés, referenciada al comienzo de esta reseña. El enfoque de ambas es muy diferente, pero las dos son, a mi parecer, apasionantes tanto por lo que proponen como por su capacidad de estimular intelectualmente al lector.

Comenzaré por la más veterana, cuyo título anuncia claramente la intención del autor: describir e interpretar los modelos (posiblemente la traducción más aproximada para *Konzepte*, un «falso amigo» alemán) sobre los que se ha ido construyendo el pensamiento médico, especialmente el occidental, a lo largo de su historia. Sin duda tuvo que ver en la elección de esta estrategia la condición de fisiólogo de este maestro de la historiografía médica alemana de posguerra, Karl Eduard Rothschuh (1908-1984). ¿Cuál fue —parece preguntarse— la *forma mentis* tanto individual como, sobre todo, colectiva que acuñó cada uno de estos modelos, de estas maneras de entender lo que debía ser una teoría al servicio de la práctica curativa?

No es por voluntad retórica por lo que he renunciado en la línea precedente a emplear la palabra «medicina»; pues si bien Rothschuh no rehúsa dar este nombre a teorías y prácticas de sanación empíricas o creenciales, la principal diferencia entre su planteamiento y el de Unschuld radica, como veremos, en el contenido semántico que cada uno de ellos concede a dicho término. Rothschuh asocia desde el primer capítulo de su obra las nociones de *Konzepte der Medizin* y *Krankheitskonzepte*, dando a entender con ello que la representación que cada cultura construye de la enfermedad determina el modo de plantearse un sistema teórico y práctico orientado a su curación. De este modo tienen cabida en su obra las llamadas «medicinas primitivas», las «arcaicas» y aquellas otras más modernas desarrolladas en Occidente que se caracterizan por reposar sobre concep-

ciones creenciales y, en consecuencia, motejadas de acientíficas. Este planteamiento, que podría considerarse tradicional —¿qué historia de la medicina escrita en el siglo pasado con pretensiones de exhaustividad no comienza con la «medicina de los pueblos primitivos»?— tiene, por una parte, la ventaja de no incurrir en las acusaciones de etnocentrismo y cientismo, y por otra la de formular la pregunta acerca de qué sea la medicina en una perspectiva propiamente antropológica. Lo que de este modo se despliega ante nuestros ojos son algunas —¿tal vez todas?— las respuestas que, hasta donde podemos saber, la humanidad ha dado al desafío de la enfermedad. Esto conduce, a diferencia de lo que sucede en el modelo clásico al que acabo de hacer mención, a que, por ejemplo, la medicina empírica de las sociedades primitivas comparta capítulo, como veremos, con la de Sydenham y la de Pinel.

Los modelos establecidos por Rothschuh, cuya denominación ilustra en más de un caso de manera suficiente el núcleo del modelo mismo, son doce. Después de exponer en un primer capítulo su propósito y la estrategia que seguirá para cumplirlo, partiendo de una primera división en «modelos naturalistas» y «sobrenaturalistas» —lo que constituye la diferencia fundamental con el planteamiento de Unschuld— comienza, en el segundo, por ocuparse de la «Iatrodemonología. La enfermedad producida por malos espíritus, demonios y el diablo»: un modelo de largo aliento, pues como el autor señala llega hasta la actual doctrina de las iglesias cristianas y está presente en textos médicos occidentales al menos hasta el siglo diecinueve.

El tercer capítulo trata sobre «Iatroteología. Le enfermedad como consecuencia del pecado y como manifestación de la providencia divina». El cuarto sobre «Medicina astral — iatroastrología». Le siguen «Iatromagia», «Medicina empírica», «Patología humoral — Patología de las cualidades» (con incursiones en la medicina paracélsica y en la iatromecánica), «Los modelos de enfermedad de la iatrofísica. Medicina metódica. Iatromecánica. Iatromatemática», «Modelos iatroquímicos en medicina», «Modelos iatrodinámicos de la enfermedad. Psicodinamismo y biodinamismo», «Modelos iatromorfológicos», «Modelos filosoficonaturales de la medicina en la época del romanticismo alemán», y por fin «El modelo iatrotécnico de la medicina en los siglos diecinueve y veinte».

Este planteamiento, que en algún caso puede parecer sorprendente, e incluso algo forzado, tiene a mi parecer la ventaja sobre los más clásicos de que, en la medida de lo posible —y de lo sensato— se libera del yugo cronológico tradicional. Para Rothschuh no hay, por ejemplo, una «medicina del Barroco», sino varias, en la medida en que en dicho marco historiográfico conviven una «medicina empírica» —Sydenham—, una «patología de las cualidades», humoralista a su modo —Daniel Sennert, Robert Boyle, Boerhaave—, una «iatromecánica» y una «iatroquímica» —no parece necesario mencionar nombre alguno en ambos casos—, una incipiente «iatromorfología» —Baglivi— y desde luego cuanta medicina «sobrenaturalista» pueda desearse. Y lo que puede decirse del Barroco puede aplicarse también, en medida variable —quizá muy inferior, pero no nula, en el presente—, a cualquier otro período. A mi juicio la aportación más valiosa de este modelo a la historia y la filosofía de la medicina consiste en hacernos cobrar conciencia de un hecho, la coexistencia de diversos sistemas médicos en un momento dado, que pone de relieve la innegable importancia de factores psicológicos tanto individuales como colectivos en la génesis y en la pervivencia de las diferentes construcciones teóricas en medicina; factores que atañen tanto al científico —en sentido lato o estricto— como al paciente que recurre a sus servicios.

En tal medida es antropológico, en el sentido lainiano del término, el abordaje de Rothschuh; no en vano ambos fueron contemporáneos y compartieron un ambiente intelectual que continúa suscitando admiración y nostalgia. El planteamiento de Paul Ulrich Unschuld (nacido en 1943) es muy diferente pero, como veremos, no tiene nada que envidiar, en cuanto a capacidad analítica y poder de sugestión, al precedente.

El título del texto aquí reseñado no puede ser más explícito: ¿Qué es medicina? Incluso cabría pensar que es demasiado ambicioso, si no fuera porque, efectivamente, el autor da una respuesta muy clara a tal interrogación en las páginas de su libro. En cuanto al subtítulo, que también tiene

mucho que ver con las estrategia de la obra, y no sólo con ella, se entiende mejor, como en el caso precedente, si no se pierde de vista la formación de su autor: especialista en historia de la medicina china. Su abordaje, pues, a la pregunta fundamental se realizará por dos vías: las que representan las historias de ambas medicinas, oriental y occidental. ¿Habrá también dos respuestas? Pronto disipará el autor esta sospecha: «Frecuentemente oímos decir que la medicina occidental y la china son 'alternativas', o que a causa de su diferente naturaleza son 'complementarias' entre si. Es preciso poner en cuestión la veracidad de estas afirmaciones». Toda una declaración de principios, pues resulta evidente que, en lo concreto, ambas medicinas son tan poco miscibles como el aceite y el agua. Pero no es lo concreto lo que interesa a la pregunta sobre qué es medicina. La respuesta de Unschuld, que puede, legítimamente, no sonar bien a todos los oídos, es que sólo puede llamarse medicina al sistema de interpretación del cuerpo, sus enfermedades y su curación basado rigurosamente en leyes, que se supone, además, que son las que gobiernan la naturaleza en su conjunto, y más aún, que son «naturales» en sí mismas. La medicina mesopotámica, por poner un ejemplo, no se ajusta a este criterio; en cambio, la medicina china clásica y los sucesivos sistemas médicos de occidente —unos más que otros— se someten voluntariamente a él. Que, en lo factual, la medicina china tenga relativamente pocos puntos de contacto con, por ejemplo, la hipocrática, o la basada en el modelo experimental acuñado en Europa en el siglo XIX, tiene escaso valor al lado de lo esencial: lo que los creadores de ambos sistemas han querido es someter su inteligencia a unas leyes con presumible valor universal centradas en la dinámica natural. Por otra parte, si nos permitiéramos la debilidad de centrarnos en los hechos, tampoco la hipocrática sería medicina en comparación con la desarrollada en Europa y América en los dos últimos siglos.

Como puede verse la pregunta de Unschuld es fundamentalmente filosófica, si bien, como siempre han hecho los más sensatos —pienso, cómo no, en Georges Canguilhem— para darle la respuesta más atinada se apoyará fundamentalmente en la historia, y sin duda es su condición de sinólogo lo que le puso en la pista que seguirá a lo largo de su texto. Una pista que arranca de un tema bien conocido por los historiadores de la medicina pero que nunca, que yo sepa, se había planteado como clave hermenéutica aplicable a las sucesivas reformas y/o revoluciones del pensamiento médico: la analogía entre el sistema social, y más explícitamente político, de una cultura y la imagen del cuerpo humano. Como acabo de señalar parece que Unschuld encuentra el cabo del hilo que seguirá a lo largo del libro en el origen de la medicina china, que coincide con el primer imperio surgido del período significativamente llamado «de los reinos combatientes»: una larga y trágica etapa de guerra civil que se clausuró gracias a la asunción de la filosofía confuciana por el nuevo régimen político, cuya principal tarea consistió en garantizar la correcta «homeostais» de tan enorme territorio mediante un sistema basado en el flujo de mercancías, información y normas comunes a través de los correspondientes canales de comunicación; algo que caracteriza también el nuevo modelo de medicina que para nosotros ha llegado a ser identificado como «medicina china clásica».

Entre los historiadores de la medicina occidental era bien conocida, y desde hace mucho tiempo, la significación de la analogía entre macrocosmos y microcosmos para la medicina clásica griega, y la no menos importante que asocia la salud del cuerpo al sistema político —*monarkhía* frente a *isonomía*— en la clásica formulación de los conceptos de salud y enfermedad de Alcmeón. También era de sobra conocida la relación entre las ideas políticas de Rudolf Virchow y su concepción del organismo como una *Zellrepublik*; pero, hasta donde yo sé, nadie había llegado a postular que este modo de pensar, cuyo origen tiene mucho más que ver con lo inconsciente —o al menos con lo impensado, como diría Foucault— que con un propósito deliberado, tuviese un valor tan determinante en el nacimiento de un nuevo modelo de medicina. Unschuld rastrea los capítulos más importantes en la historia de la medicina occidental —siempre sobre el telón de fondo de la china— para intentar demostrar que en todos los casos la novedad —y la singularidad absoluta o relativa— de un modelo político y de relaciones sociales está en la base de una nueva propuesta de comprender, siempre con arreglo a leyes universales, las dinámicas del cuerpo en la salud y en la enferme-

dad. Así encuentra, por ejemplo, una explicación a las novedades aportadas a la medicina por William Harvey en su condición de inglés en un período turbulento: la medicina harveyana, incluyendo en ella su descubrimiento de la circulación mayor, sería el resultado de esa peculiaridad política inglesa que representa la Carta Magna. No puedo, por razones obvias, entrar en el detalle de las explicaciones de Unschuld, pero quien tenga la paciencia —no hace falta mucha— de leerlas coincidirá, creo yo, conmigo en que resultan convincentes y enormemente sugerentes.

Una consecuencia importante de este planteamiento es que su autor niega —como por otra parte vengo haciéndolo yo mismo desde hace bastante tiempo— la validez del modelo de las revoluciones científicas de Thomas S. Kuhn para la comprensión de los cambios experimentados por las teorías médicas a lo largo de la historia. Sin formularla explícitamente tal parece ser también la opinión de Rothschuh, en vista de su convicción de que los nuevos sistemas coexisten durante mucho tiempo con los antiguos. En este punto hay que apelar de nuevo a la psicología y recordar que en las hoy llamadas «ciencias de la salud» lo que interesa esencialmente al usuario de las mismas, y en medida sólo algo menor a su cultor, no es tanto la ciencia cuanto la salud. La medicina, como demuestra su historia, casi nunca ha sido científica de pleno derecho —no lo es hoy al cien por cien, sobre todo si la ciencia de la que hablamos es la experimental— lo que no ha impedido que mejor o peor cumpliera su función. Esta sería probablemente la conclusión más decisiva del abordaje de Rothschuh. En cuanto al de Unschuld, la fundamental sería que en medicina se llega a la ciencia —cuando se llega— por un camino eminentemente subjetivo, que tiene que ver sobre todo con la necesidad de seguridad, de ajuste con la realidad circundante —con las condiciones de vida colectivas—; un camino que, a diferencia de lo propuesto por la historia de la medicina basada en los grandes hombres y en el genio individual, toma como referencia el genio colectivo —lo que Herder o Schiller llamarían el genio de la época— entendido en el sentido menos grandilocuente del término, pues estaría orientado por la humanísima necesidad de paz, de concordia, de tranquilidad.

Sí, es cierto: al final la historia y la psicología se dan la mano, y dejan para la orgullosa ciencia un lugar más humilde del que a ésta le gustaría. Se me vienen a las mientes, como no podría ser de otra manera, las ideas de dos maestros alemanes que, por razones obvias, podrían estar en la base del pensamiento de los autores analizados: Kant, en primer lugar, por su formulación de la condición inevitablemente apriorística de nuestros abordajes a la realidad, y Jung con su caracterización de tipos psicológicos que permitirían entender, por un lado, el radical condicionamiento psicológico de cada decisión y actitud humana, y por otro la coexistencia en una misma situación histórica de respuestas diferentes y a menudo antitéticas.

No todos estamos en condiciones de abordar proyectos de este fuste; pero creo que quien haya tenido la paciencia de seguirme a lo largo de estas páginas se habrá sentido interesado por saber más; por leer, si tiene ocasión, ambas obras para penetrar en su detalle. Hace falta mucha madurez para plantearse una tarea semejante, y se necesita además esa chispa inexplicable que permite intuir, en un momento dado, un sentido común allá donde sólo parecía haber una sucesión de hechos a menudo dispares. Pero que no decaiga al menos nuestra capacidad de asombro, y que sepamos reconocer que reflexiones de esta índole tienen, a no dudarlo, una repercusión práctica que va mucho más allá de lo cotidiano. No dejemos, en suma, de preguntarnos con Unschuld qué es medicina y de reconocer, con él y con Rothschuh, que esa es una falsa pregunta, pues el espíritu de la medicina es el de Heráclito, o el de otro maestro alemán, Nietzsche: no el del ser, sino el del devenir.